



CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS III



ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA

Córdoba, 1994

**CRÓNICA DE CÓRDOBA
Y SUS PUEBLOS
III**

COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA

**ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA**

Córdoba, 1994

Dep. Legal: CO-462/1989

Imprime: Tip. Católica, S.C.A.
Políg. Ind. La Torrecilla
Córdoba

EL VINO Y LOS POETAS. MONTILLA

Joaquín CRIADO COSTA

Discurso leído por su autor en las Bodegas Alvear, de Montilla, en el acto de apertura del curso 1984-85 de la Academia Cordobesa de Gastronomía.

Sean mis primeras palabras de agradecimiento a la firma Alvear, que con nobleza de buena ley practica hoy con nosotros la suprema virtud de la hospitalidad.

La Academia Cordobesa de Gastronomía abre el curso 1984-85 en el marco incomparable de esta antiquísima bodega.

El curso anterior, como muy bien ha dicho el Secretario en la memoria que acaba de leer, ha servido fundamentalmente para afianzar y estrechar lazos de camaradería y amistad como fruto de las relaciones humanas.

Pero es llegada la hora de la acción. La hora del hacer. El curso 84-85 se nos abre plétórico de proyectos y de ilusión para llevarlos a cabo. Comenzaremos por recibir nuestros flamantes títulos, que no son otra cosa que credenciales de amistad.

Y por acuerdo tomado en la última sesión, me corresponde dar lectura al discurso inicial, que es al mismo tiempo el de mi ingreso en esta Asociación Cultural. Pero no os inquietéis. No quiero hacer verdad estas frases de Oscar Wilde: "No he conocido a nadie que hable más y diga menos. Ha nacido para orador.

Estamos en Montilla.

Por eso quiero dejar que los poemas hablen hoy en vuestro nombre, vinos de Montilla. Quiero pedir la voz y la canción a los poetas que de tus vinos nacieron, Montilla, a los que en ti encontraron la justa medida a su mirada y a su paladar, a los escribanos de los vinos.

Ante ellos, en mudo, rendido, gustoso testimonio de homenaje, también mi silencio.

En los poetas va sonando tu sangre de oro, van granando las ramas de tus viñedos.

Tú, Montilla, eres la tierra madre, enraizada en el fervor de la vid y de la llama.

Tú eres la ciudad alba, distinta y horizontal de un próximo ayer modelado en valiente, cuajada geometría. Pero no es la hora de aclamar contra la torpeza con que fuiste macerada. Es el signo de tus tiempos, Montilla. Y en tus tiempos hay que esconder la amargura y la nostalgia que aprisionan. Son días para acompañarte más allá de los recuerdos.

Ante ti, Montilla, yo me inclino y te me entrego. Que sepas, Montilla, que eres una milagreada verdad. Que no nos humilla lo inalcanzable de tu definición exacta, porque contigo se nos quedan cortas y pobres las teorías. Que sepas, Montilla, que no tengo miedo a equivocarme si, al decir de ti y de tus vinos, me salto a la torera ecuanimidades y preceptos. Y que nada de esto pide que, sin renunciar a tu cierta individualidad hecha de siglos, te sienta amorosa parte integrante de un más ancho mundo sin orillas.

Yo deseo, ciudad de Montilla, que se nos cuajen en pámpanos, en racimos, los sueños y los afanes. Que no se nos muera el verde mar de viñedos, que continúe encendida la luz acrisolada de tus vinos, que tus malos vientos se nos amainen, que la Virgen de la Aurora y los santos Juan de Avila y Francisco Solano te mantengan ilesta la fe en Dios y en los hombres y que, cuando nos marchemos de ti, Montilla, se nos convierta la lentitud en prisa, y se nos hagan leves y ágiles los pasos para el alborozo emocionado del retorno.

Estas tierras y estos hombres que las trabajan vienen a ser como un compendio, como un resumen de la hidalguía y de la nobleza de nuestros campos y de los hombres andaluces y españoles. De estos hombres que entregan su vida a la tierra para extraer, entre otros, ese fruto bíblico y exquisito que si no tan indispensable para la vida como el trigo, sí es el más deleitoso, el más agradable y variado, el que mejor compensa a los humanos de sus trabajos, de sus amarguras, y si lo analizamos hasta con filosofía, el que mejor define su personalidad, su educación y su elegancia. Porque le obliga a saber contenerse, a saber dominarse, a usar de su raciocinio, desplegando a su vez cuatro de sus cinco sentidos. La vista, que se recrea en el topacio, el ámbar, el rubí o el oro de sus colores. El olfato, porque el vino, antes de degustarlo, hay que olerlo, aspirar su aroma. El gusto, porque ¡cuántos sabores diferentes pueden apreciarse en los vinos! Y hasta el oído, porque casi siempre se brinda y se entrechocan suavemente, levemente las copas. Por eso es todo un rito el beber. Y el que no sabe beber es precisamente el que denigra al vino, al embriagarse. El saber beber es una distinción y hasta una elegancia espiritual.

El vino de Montilla, esa realidad líquida y estética que desciende del sol directamente, tiene su porvenir asegurado.

Un pequeño sorbo de buen vino es algo así como un beso largo, frutal y apasionado de una muchacha núbil y hermosa. Uno se siente empedañosado frente a su notable poder de persuasión.

Beber el vino de Montilla es penetrar deliberadamente en los amenísimos territorios del gozo, en el reino del júbilo.

El vino de Montilla infunde confianza, disipa dudas, destierra del corazón inútiles y absurdos titubeos. Proporciona seguridad y firmeza. Por las sendas del vino se llega inexorablemente a los floridos jardines del ensimismamiento, del éxtasis.

Como les ocurre a los poetas. A los que en ti nacieron y a los que de ti nacieron, Montilla. Como a tantos otros, lejanos en el tiempo y en la geografía, sin conocerlos ni conocerte quizá.

Porque ya en el siglo X antes de Cristo, el rey Salomón nos legó un proverbio: "Dad licores a los afligidos y el vino a los que tienen el corazón lleno de amargura. Beban éstos para echar en olvido su miseria y no acordarse más de su dolor".

Y el *Libro de Esther* refiere que "era servido el vino en abundancia, con regia esplendor, pero no consentía el rey que se obligara a beber a nadie", pasaje bíblico que Pepe Cobos mandó grabar, poetizado por él mismo, en ese santuario que fundó: "Las Camachas".

Y un proverbio japonés antiquísimo advierte: "Con la primera copa el hombre bebe el vino; con la segunda, el vino bebe vino; con la tercera, el vino bebe al hombre".

Y nuestro escritor, filósofo y político Lucio Anneo Séneca sentenció: "El vino lava nuestras inquietudes, enjuga el alma hasta el fondo y, entre otras virtudes, asegura la curación de la tristeza".

¡Cuánto verso, cuánta canción compuesta ante un catavino, cuerpo de mujer esbelta, que trasciende olor, calor, temperatura, sabor y luz del vino, que es punto final o meta de un largo proceso que se inicia con la plantación de las vides!

El catavinos no lleno, nunca lleno del más depurado de los néctares, nos acerca la sensualidad que gozaron tantas y tantas generaciones que nos precedieron. Ellas nos legaron la cepa de "Pedro Ximénez", sin importar que fueran fenicios, cretenses o griegos sus introductores en estas tierras exuberantes de Montilla y Moriles.

Si bien antiguas leyendas atribuían al dios Baco el haber sido pionero en el cultivo de la vid y en la fabricación del vino, y el Génesis lo atribuye a Noé aunque no precisa nada acerca de los orígenes de la vid, que algunos autores la hacen originaria del Asia central, mientras otros aseguran que era conocida en Europa en el terciario y en el cuaternario, Obermaier afirma que hasta final del Neolítico la bebida europea fue la cerveza.

Pero el vino llegó a ser conocido por todos los pueblos de la Antigüedad, desde la India, pasando por Egipto y por toda la ribera de la Europa mediterránea, hasta la Galia y España.

La viticultura se desarrolló intensamente en las orillas del Nilo y en las

fértiles llanuras de Sumeria: algo tiene que decirnos a este respecto el poema sumerio de “Uta”, que es la epopeya mesopotámica del Diluvio.

Cultivaron la vid los hebreos, pero no en la proporción en que lo hicieron los griegos. Los vinos helénicos de Tesalia, Frigia, Quío, Tracia, Lesbos, Chipre y otros más fueron muy estimados. Y el céculo, el falerno, el mamertino romanos adquirieron gran renombre.

En los tiempos heroicos de la poesía griega, Hesíodo, en el siglo VIII antes de Jesucristo, nos dice en sus *Trabajos y días* cuándo deben cogerse los racimos y cómo tienen que exponerse al sol para que den aquel vino dulce, tan caro a los griegos, que lo calificaban de hidromiel. Y por la misma época Homero nos da un venerable repertorio de los antiguos vinos del Mediterráneo oriental.

“El vino, difundido en aquella región por la cultura cretense desde el segundo milenio antes de Cristo, era ya bebida cortesana y bebida religiosa a la vez, y tanto aparece en los banquetes reales del palacio de Minos, en Gnosos, como en las ceremonias religiosas (libaciones) o en los ritos funerarios”.

“Hacia el siglo VIII antes de J.C. el arte de la vinicultura debía de ser conocido en la Península, y exactamente en el área imperial de Tartessos. Es probable que los primeros vinos fueran importados por los mercaderes de Tiro y que la vinicultura fuera un don de los griegos focenses a sus amigos de Tartessos. Lo cierto es que la vid, rápidamente aclimatada a la campiña cordobesa, cuyas condiciones geológico-climáticas eran similares a las de hoy, alcanzó un gran desarrollo. Y así como se habló del *olivífero Betis*, muy bien pudiera haberse hablado del *Betis vitífero*”.

Con estos párrafos Ricardo Molina y Pepe Cobos quieren dejar bien sentado el rancio abolengo de los vinos montillanos y morilenses.

A partir de aquí escuchemos la muda voz de la Arqueología al parirnos docenas y docenas de alusiones y representaciones báquicas.

Y escuchemos la voz de los poetas árabe-andaluces, a pesar de la *Ley Seca* mahometana. No olvidemos que Abd-Al Aziz ben Al-Qabturnuch, al invitar en verso a sus amigos, los incitaba a gozar de un porrón de vino. Ni que Aben Cuzmán, entre 1100 y 1160 escribía:

“Dormiré con una viña entre los párpados.
Que me amortajen con sus hojas
Y me ciñan la frente con turbante de pámpanos”.

Ni que los almorávides, más escrupulosos en el cumplimiento de las leyes coránicas, reprochaban a los reyes de Taifas su incontinencia de bebidas alcohólicas. Ni las “cuarenta carretadas de vino” que un Fernández de Córdoba, emparentado con el Gran Capitán y regidor de Córdoba, envió al famoso estratega en las vísperas de la batalla de Garellano. Ni que el escritor antequerano

Pedro de Espinosa, en 1624, al describir en una de sus obras el bosque de Doña Ana, dice que al recibir el duque de Medina Sidonia al rey Felipe IV en dicho bosque, le hizo llevar ochenta botas de vino añejo "y gran cantidad de vino de Lucena", único de origen explicitado, lo que demuestra el prestigio de que gozaba. Ni los manuscritos de siglos posteriores que testimonian la calidad, suavidad y valor de los vinos de estos pagos. Pero habría de llegar el siglo de nuestras vidas para que la riqueza vinícola de esta zona, al romper las fronteras regionales, llegara a otras latitudes.

Como llegaron lejanas igualmente las inspiradas estrofas de los poetas de "acá". Así vio la vendimia Manuel Reina, en sus largas temporadas de autoexilio en su finca de Campo Real (1):

Hoy radiante surgió la alborada;
 en la viña hay frescura y verdor,
 y allá arriba, en la bruma dorada,
 las alondras dan gritos de amor.

Bacante con diadema
 de pámpanos, la viña
 recibe jubilosa
 los ósculos del día.

¡Oh viña de mis padres,
 con el recuerdo ungida
 de mis floridos años
 y mi amorosa dicha!

Hoy tu pagana fiesta,
 la clásica vendimia,
 no lanza al raudo viento
 sus cantos ni sus risas.

•••••

El mosto ya no lleva
 en su onda suaves rimas,
 ni acordes de guitarras,
 ni acentos de alegría,
 rumor de panderetas,
 de flautas ni de liras:
 como un raudal de llanto
 hoy triste se desliza.

(1) Manuel Reina y Montilla, "La vendimia", en *Manuel Reina. Estudio biográfico*, de Eduardo de Ory, Cádiz, 1916, pp. 150-151.

En tanto, coronada
de pámpanos, la viña
recibe palpitante
los ósculos del día;
y el sol, como áurea copa
en los espacios brilla,
vertiendo, generoso,
el vino de la vida.

Es la noche. Relumbra la esfera
con su trémulo y blanco fulgor,
y en la viña una fuente parlera
narra antiguas historia de amor.

Y así se inspira, con este soneto, el montillano Manuel de César cuando no es tiempo de vides (2):

Atormentados cuerpos, los sarmientos,
o atormentadas sierpes de madera,
han perdido la piel de primavera
de sus párpados verdes. Los lamentos

de la cepa y del hombre. Los tormentos
retorcidos de hoy, como si fueran
alegrías ocultas, aglomeran
densa miel en sus huesos. Sufrimientos

se disponen a ser mañana fiestas.
Volverán los ropajes deslumbrantes,
los carnales collares de racimos
y el perdido perfume de las siestas,
a llenarnos los ojos de diamantes
y a llenarnos el mundo de caminos.

Mas después, cuando llegan la fiesta y los collares de racimos, cuando llenamos los ojos de diamantes, cómo cambia el sentido de sus versos el propio Manuel de César (3):

(2) Manuel de César Márquez, "Esta viña de invierno, en este tiempo difícil de las viñas, como señal alguna de esperanza".

(3) Manuel de César Márquez, "Las viñas".

¿Qué son las viñas?
 Nadie lo diga:
 la gala de la tierra
 y de la campiña.
 Cepas y cepas,
 sarmientos y racimos
 para una fiesta.

Vendimiadores:
 no importan las fatigas
 ni los calores.
 Las viñas nuestras.
 Lo que importa de veras
 es la cosecha.

Los cestos rebosantes,
 las cajas llenas,
 el perfume de agosto
 en las lagaretas.

Y ese paisaje:
 los viñedos tan verdes
 como los mares.
 Viñas y viñas.
 Montilla el puro centro
 de tanta vida.

Y otro montillano, Enrique Garramiola, nos ha dejado esta "Pascua de vino" hecha quinario de sonetos (4):

1

La voluntad creadora no podía
 contener tanto amor en sus cimientos,
 Dios sancionaba al mundo a mandamientos
 porque su amor siempre redimiría.

Pascua del vino, excelsa teología:
 "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos..."

(4) Enrique Garramiola Prieto, "Pascua del vino": 1, "Claro caudal de fe"; 2, "Albor vendimial"; 3, "Natalicio"; 4, "Venencia cordobesa"; y 5, "Invocación apasionada a la verdad del vino".

Cristo se dio a beber a los sedientos
Aquella noche de la Eucaristía.

Claro caudal de fe venciendo muerte,
trago de eternidad humanizada,
verdad que infunde su naturaleza,

zumo sacramental que nos convierte
en divina presencia relevada
un sublime misterio de grandeza.

2

El ángel de septiembre otra vez baja
a rendir a la viña sus honores
suntuoso de áureos esplendores
que en el verdor de pámpanos alhaja,

y otra vez la canción de la navaja
vuelve a alentear gozos vendimiadores
de esperanza curtida de sudores
y cumplida en las cepas que desgaja.

La madre viña en trance no resiste,
vientre plural de acrisoladas mieles,
la ubérrima preñez de los racimos.

El revuelo de afanes que le asiste
dispuso inmensa cuna de toneles
para un hijo de arrumbes y de mimos.

3

A ritmo de colmena renacida
estalla en el lagar la uva madura
y un despertar de brillos inaugura
la delicia del mosto compartida.

A borbotones mana nueva vida
palpitando el secreto que asegura
con avidez ardiente de criatura
y sazón de paisaje trascendida.

Bullen arrebatadas ansiedades
de inundación en su confinamiento

por liberar supremas claridades
 ya sugestivo indicio de la entrega
 en agridulce aroma de fermento
 y sereno vigor de la bodega.

4

Castiza sangre a chorros escanciada
 de la esencia de Córdoba, solera
 de Montilla, primicia viñadera
 y Moriles, finura iluminada,

por minucioso pulso venenciada
 al plástico compás de su manera,
 júbilo o pena, realidad austera
 en la misma querencia prodigada.

Duende filosofal, chispeo del cante
 de un pueblo grave, de sentir profundo,
 consciente de su ser y de su entraña,

soberano gentil de la elegante
 copa erigida en un brindis rotundo,
 ¡oh, vino cordobés, gloria de España!

5

Gracia del sol, oh, vino, oh, don divino,
 luz de la tierra en cósmica sangría,
 saciedad de la sed de cada día,
 prez del hombre que afianza tu destino,

néctar cordial, sabor de desatino,
 latir de generosa compañía
 para encender la hora de alegría
 y olvidar desengaños del camino.

Préndenos en la flama de tu brío,
 que no nos pierdan locas inquietudes
 y se quemem los ánimos insanos,

y sacudidos por tu escalofrío,
 al colmarnos tus hondas plenitudes,
 seamos más abiertos, más humanos.

Juan Morales Rojas, el poeta académico, ha publicado recientemente este poema báquico-religioso (5):

Medicina del alma, dulce néctar
Que, sabiamente usado, quita el miedo.
Es padre del amor, de la alegría,
Del grato bienestar, de los ensueños.
¡Oh, Baco! coronado con los pámpanos
Que le ofrecen beodos soñolientos!
Por tu licor, en la dorada orgía,
Pueden los libres convertirse en presos,
El hombre quiere hacerse como niño;
Al vivo no le importa hacer de muerto.
Por ti el bueno se vuelve un poco malo.
Por ti el malo se vuelve un poco bueno.
Y hasta un poco más vivos se nos tornan
Los tontos, los estúpidos, los necios...

Cuando el amor te ronda, te disfrazas
Por él, de grato murmurar de besos,
De tierno susurrar de mil suspiros.
En cada sorbo una ilusión de estreno.
Si algún mortal feliz sabe libarte,
Levitación contigo hacia los cielos.
Te tragan las burbujas de la risa,
Te devoran las penas y el silencio,
La soledad te busca y la confortas
En el triste erial de sus recuerdos.

Te adora el libertino, te ama el pobre.
Los jóvenes te buscan y los viejos
En ti remansan sus nostalgias yertas,
Buscan contigo paz en sus recuerdos.
Medicina del alma, áspera o dulce;
Licor que alivia el paso de los tiempos,
Cayado en que se apoyan las tristezas
Que hacen temblar a nuestro pobre cuerpo.

Sangre de Dios te vuelve una Palabra.
Se te cierra el camino del infierno,

(5) Juan Morales Rojas, "Canto al vino".

Te eleva y dignifica; te convierte,
¡Oh, vino! en la bebida de los Cielos.

Mas cerremos este ya largo discurso con unos versos, elevados por sutiles, de aquel gran poeta paisano que un día se nos fue sin despedirse: Ricardo Molina (6):

Loca sabiduría del corazón, ensueño
único de onda inmensa, voz profunda
de la armoniosa tierra mía, claro
vino andaluz;
los más hermosos labios tus jardines
cambiantes de oro y música, tu ardiente
ruiseñor diluido en muchos cielos
orientales,
bebieron, y los ojos su mirada
misteriosamente abandonaron
a tu ola feliz de paz, de olvido
inalterable.
Sus deseos ocultos los amantes
latir sintieron en tus bellos labios
y sorbo a sorbo en ellos apuraron
su paraíso.

Y ya que hemos recordado a Ricardo Molina, digamos que el vino de Montilla es un buen aliado del cante flamenco en las distintas facetas de éste, tanto por lo conceptual como por la topográfico: No se concibe una malagueña de D. Antonio Chacón o de Juan Brea, una seguiriya de Dolores "La Parrala", una soleá o un martinete, una rondeña o una serrana, un polo de Sevilla o una carcelera, unos tientos o una caña... sin el dulce néctar impregnando el cristal y la garganta que lanza al aire el "jondo" sentimiento de un pueblo que escogió en sus ancestros esa forma de expresar sus penas y alegrías, su amor y su desengaño: el pueblo nuestro.

(6) Ricardo Molina Tenor, "Vino antiguo".



Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Excma. Diputación
Provincial de Córdoba